

## MATRIMONIO: AMOR DE COMUNIÓN ENTREGADO AL HIJO

M<sup>a</sup> DEL ROSARIO GONZÁLEZ MARTÍN  
DEPARTAMENTO T<sup>a</sup> E HISTORIA DE LA EDUCACIÓN  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

“Escucha, hija, mira, inclina el oído: (...) prendado está el rey de tu belleza’ (Sal 45, 11-12). Lo mismo desea decir el Papa a cada familia humana: ‘Escucha, mira: Dios quiere que seas bella, que vivas la plenitud de la dignidad humana y de la santidad de Cristo, que estés al servicio del amor y de la vida. Fuiste fundada por el Creador y santificada por el Espíritu Paráclito, para que seas la esperanza de todas las naciones’”<sup>1</sup>

Con este artículo sólo trataré de vislumbrar parte de la belleza y del misterio que se manifiesta en la familia y en la realidad en la que se asienta, el matrimonio. De manera que descubramos cómo la misma institución familiar, constituida en el matrimonio, es base segura para la transmisión de la fe y, por ello, esperanza de todas las naciones, esperanza para el mismo Dios, a la que tiene reservada una misión, un ministerio único y vital.

Lo que nos proponemos es descubrir si la institución matrimonial tiene en sí características que la hagan un lugar único para la transmisión de la fe. Para ello tenemos que referirnos tanto al amor matrimonial en su base más natural (“fuiste fundada por el Creador”), y en su realidad de sacramento (“santificada por el Espíritu Paráclito”) y, al mismo tiempo, a las características que el amor matrimonial proyecta hacia los hijos: si éstas son adecuadas para la transmisión de la fe, y no sólo adecuadas, sino capacitadoras para la recepción del don de la fe, de manera que sea necesario custodiarlas para el cuidado del pueblo cristiano.

Es claro que el Magisterio de la Iglesia siempre ha propuesto la educación en la fe como un deber y un gozo de los padres hacia los hijos: “Aquí los pro-

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *II Encuentro mundial con las familias* (Madrid 1997) 55.

pios cónyuges tienen su propia vocación para que ellos entre sí y ante sus hijos sean testigos de la fe y del amor de Cristo” (LG 35); “Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y los deberes del sacramento del matrimonio, es necesario que los hijos aprendan en sus primeros años a conocer y adorar a Dios y a amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo”<sup>2</sup>. O en la reciente Instrucción Pastoral: “... la transmisión de la fe encuentra en la familia un entramado de comunicación, afecto y exigencia que permite hacerla vida”<sup>3</sup>.

Ahora, no sólo es necesario recordar que es buena y querida la transmisión de la fe en la familia, sino descubrir por qué, en su realidad más profunda, la familia, de fundación matrimonial, tiene unas características que la hacen lugar preferente para esta transmisión. Cómo hay aspectos de la fe que son mucho más difíciles de transmitir desde otras realidades y que, sin embargo, desde el matrimonio se transmiten de una manera espontánea.

Para poder argumentar esto voy a acudir, en primer lugar, a las características más esenciales que el amor matrimonial tiene con respecto al desarrollo de los hijos. Posteriormente, reflexionaremos sobre las características que se le añaden por su realidad sacramental. Y, por último, haremos un breve análisis fenomenológico del proceso de transmisión de la fe y cómo influye en él la realidad matrimonial. Como conclusión resumiremos los perjuicios que puede producir la crisis de la familia en este proceso de transmisión de la fe.

## I. CARACTERÍSTICAS ESENCIALES DEL AMOR MATRIMONIAL EN RELACIÓN AL DESARROLLO DE LOS HIJOS

En el amor matrimonial se desarrollan una serie de dinamismos propios del amor pero que a su vez le caracterizan. Vamos a exponer estos dinamismos de manera breve, ya que no son el centro de nuestro análisis<sup>4</sup>.

Primeramente *el proceso de constitución del amor matrimonial* comienza con el *despertar en la conciencia del ser del otro*, de tal manera que se nos hace interno y deseamos su bien como deseamos el propio bien. Nos saca de

---

<sup>2</sup> *Declaratio de educatione cristiana*, 3.

<sup>3</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La familia, una buena noticia: santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (Madrid 2001) 96; cf. FC 39.

<sup>4</sup> Este análisis se encuentra más desarrollado en la tesina de la autora depositada en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para el estudio del Matrimonio y la Familia. “Matrimonio: seno educativo preferente”.

nuestro egoísmo y nos revela un universo de entrega y de no vivir para nosotros mismos, sino para aquél que nos ama.

Ahora, este *otro*, tiene por característica *la alteridad*, la diferencia<sup>5</sup>. Y por ello, es un amor que tiene *como base el respeto a la diferencia*, y es más, el encuentro a través de la diferencia. Esto supone *una especial apertura al otro como otro*. No se le exige ser igual para ser aceptado, por ello, el modo de unión es *la comunión* no la asimilación ni la participación. *Es la unidad respetando las identidades, es la vinculación que hace crecer a la persona como única*. Esto último, no sólo se accede desde este punto sino que el amor matrimonial, basado en cierto modo en un amor contemplativo, descubre al otro como ser único, no dirigiéndose a sus cualidades. “El poder de *su exclusividad me ha captado*”<sup>6</sup>.

Esto hace que el amor sea incondicional. Ahora, este descubrimiento del otro, me *renueva la mirada sobre mí mismo*<sup>7</sup>. Me hago digno de ser amado. A su vez, me revela *un horizonte nuevo de realización*, es decir, me muestra un nuevo modo de entender la vida lleno de sentido<sup>8</sup>, que retoma mi pasado, con-

---

<sup>5</sup>E. LÉVINAS, *Ética e infinito* (Madrid 1991) 61-62: “Lo femenino es otro para un ser masculino, no sólo porque de naturaleza diferente, sino también en tanto en cuanto la alteridad es, de alguna manera, su naturaleza. (...) Lo femenino es descrito como lo de por sí otro, como el origen del concepto mismo de alteridad (...) Nada en esta relación reduce la alteridad que se exalta en ella. (...) la alteridad y la dualidad no desaparecen en la relación amorosa. La idea de un amor que sería una confusión entre dos seres es una falsa idea romántica”.

<sup>6</sup>M. BUBER, *Yo y tú* (Madrid 1993) 13; cf. M. NEDONCELLE, *La reciprocidad de la conciencias* (Madrid 1996) 16: “Es un gran error imaginar que el amor personal se dirige a las cualidades naturales de la persona. Este error está muy extendido (...) Pascal veía mejor las cosas cuando escribía: ¿Si uno me ama por mi juicio, mi memoria, me ama a mí? No, pues puedo perder estas cualidades sin perderme a mí mismo”.

<sup>7</sup>R. BUTTIGLIONE, *La persona y la familia* (Madrid 1999) 102: “El descubrimiento de la persona del otro y de la propia en el enamoramiento es una de las experiencias fundamentales de la existencia (...) Yo mismo me hago digno existencialmente a mis ojos en tanto que objeto del amor del otro”. J. MARIAS, *Mapa del mundo personal* (Madrid 1993) 34: “El encuentro con otra forma de persona -no ya con otra persona- muestra el contorno de la realidad personal”. M. NEDONCELLE, *ibíd.*, 22: Es más, “juntas se conocen mejor a sí mismas que si lo hiciesen por separado”.

<sup>8</sup>M. BUBER, *ibíd.*, 101-102: “El ser humano recibe, y no recibe un “contenido”, sino una presencia, una presencia como fuerza. Esta presencia y esta fuerza encierran tres realidades inseparablemente, y ello sin embargo de tal modo que podríamos considerarlas separadas en tres. En primer lugar, la total plenitud de la *reciprocidad real*, del ser aceptado, del estar compenetrado. Sin que pueda precisarse de algún modo cómo se ha producido aquello con lo que uno se ha compenetrado, y sin que el estar compenetrándole facilite a uno de algún modo la vida: *hace la vida más difícil, pero la hace más cargada de sentido*. En segundo lugar. La inexplicable *confirmación del sentido*. Ese sentido queda autenticado. Nada, nada en absoluto puede ya ser sin sentido. La

firma el presente y conduce el futuro. Es la confirmación de una llamada que se descubre, una llamada que tiene como característica la *conciencia comunal*<sup>9</sup>. Un modo de estar instaurado en el mundo que renuncia a los fines de su individualidad separada y que su mirada al mundo es *desde la perspectiva del nosotros*. De tal modo, que no sólo buscamos la realización del proyecto común, sino que, a su vez, el ser del otro, desde esa perspectiva amorosa, se convierte en tarea. Intuimos su llamada a la perfección y buscamos su realización. De manera que este amor es fecundo en cuanto que *busca la perfección personal y comunitaria*, y de modo más milagroso, que *la comunión* de ambos, en su base corporal, *es fecunda* en cuanto a la *transmisión de la vida*, y desde su base espiritual, en cuanto a *la educación* de esa vida generada.

En cuanto a *su realidad sacramental*, el matrimonio tiene *un singular valor de comunión* por el que se establece una cierta *analogía con la vida trinitaria*<sup>10</sup>. Pero no sólo eso, sino que es en sí fuente de unidad en el mundo. En el Antiguo Testamento, para expresar la fuerza del amor de Dios hacia el hombre se

---

pregunta por el sentido de la vida ya no está allí. Pero, si estuviera, no se podría quizás responder. No sabes mostrar el sentido, no sabes determinarlo ; no tienes ninguna fórmula, no tienes imagen alguna de él. Y sin embargo es para ti más cierto que las sensaciones de tus sentidos. Este sentido revelado y oculto, ¿qué pretende al menos de nosotros, qué solicita de nosotros? No quiere ser explicado -nosotros no podemos tal cosa-, sólo quiere ser actualizado por nosotros. En tercer lugar, este sentido no es el sentido de "otra vida", sino *el de nuestra vida*, en este mundo (...) Su garantía no quiere ser encerrada en mí, sino *a través de mí ser manifestada al mundo* (...) cada cual puede acreditar el sentido recibido sólo con la singularidad de su ser y en la singularidad de su vida".

<sup>9</sup> M. NEDONCELLE, *ibíd.*, 22. Este descubrimiento de sentido no es el de mi vida, sino como bien decía Buber el de nuestra vida, "... o más bien la transformación de dos perspectivas universales en *conciencia comunal*"; "hay también una modulación nueva de la actividad"; "esencia totalitaria: es un sentimiento, si se quiere, pero capaz de penetrar y de mover en su sustancia todas las emociones orgánicas; es un nuevo régimen de actividad, invisible y eficaz, que cambia las actitudes del ser aislado (...) la actividad es también comunal (...) la iniciativa es de un nosotros"; R. BUTTIGLIONE, *ibíd.*, 107: "Toda persona tiene un destino propio, que, en última instancia, consiste en descubrir, a través de la pertenencia a otros seres humanos, el significado y la amplitud de la pertenencia a Dios, de modo que al final se subsiste en la comunión con Dios, que es al mismo tiempo comunión de los santos".

<sup>10</sup> Cf. "Dios, en su admirable designio salvífico, gratuitamente ha querido comunicarse a los hombres, llamándolos a participar en la comunión íntima con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta llamada a la Comunión Trinitaria no está separada de la fuerza de comunión que anida en todos los amores humanos, sino que los informa y los eleva como signos que son del Amor originario de Dios. La significación salvífica propia de las acciones humanas, en cuanto vivificadas por la gracia, tiene una relevancia peculiar en el matrimonio, por tener un singular valor de comunión. Se puede establecer entonces una cierta analogía entre la comunión que se vive en el matrimonio y la familia y la Comunión divina trinitaria, posible por la entrega de Cristo que se nos comunica por el don del Espíritu": *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 84.

le compara con el amor del hombre hacia la mujer<sup>11</sup>. Y en la plenitud de la revelación se lleva a cabo también esta manifestación con carácter sacramental: *como Cristo ama a su Iglesia*. Por ello cuando, en un matrimonio cristiano, los esposos se aman se pone de manifiesto el amor de Cristo por su Iglesia y el de la Iglesia por Cristo<sup>12</sup>, se actualiza este amor y se enriquece.

Es decir, *los esposos se aman con el mismo amor de Dios*, con el amor recíproco de los esposos Dios se ama a sí mismo. En el amor de los esposos cristianos el amor de Dios se encarna y se hace presente, *“el amor humano se transforma en amor divino*, lo mismo que el vino y el pan se convierten en el cuerpo y sangre de Jesús”<sup>13</sup>.

“Así también los esposos imploran y hallan en el sacramento no una mera bendición de Dios, sino una presencia real y operativa, de tal

---

<sup>11</sup> Cf. Sal 44, 11-12, Oseas, Cantar de los Cantares...

<sup>12</sup> Cf. J. M. CABODEVILLA, *Hombre y mujer* (Madrid 1962) 487: “El amor humano que es amor de caridad no es tan sólo una imitación del amor de Dios, sino una manifestación de este amor”.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, 487: “Estad tranquilos. El amor humano se transforma en amor divino, lo mismo que el vino y el pan se convierten en el cuerpo y sangre de Jesús; pero, igual que en esta sacramental conversión, quedan intactas las especies, los colores y sabores de la tierra. Estad tranquilos: al que busca, lo primero de todo, el reino de Dios, se le da también la añadidura (Mt 6, 33). El amor de Dios confirmará vuestro amor, será la sal que impida su corrupción, la fuerza que aleje el momento de la fatiga, la fuerza –tan necesaria en las flaquezas de un amor sobre la tierra– que permita al corazón perdonar setenta veces siete. Sólo ese amor puede subsistir. ‘No hay amistad verdadera –confiesa el Obispo de Hipona– sino entre aquellos a quienes Tú aglutinas entre sí’.

Santa Catalina de Siena explica todo esto con una comparación afortunada: Si tomáis un vaso y lo llenáis en una fuente y, al mismo tiempo, bebéis sin retirar el vaso, aun bebiendo hasta saciaros, el vaso no se vaciará; pero si lo apartáis del chorro de la fuente, apenas hayáis bebido, el vaso quedará vacío. Así pasa con las amistades: si no se apartan de la fuente jamás se agotan... Amad cada día más a Dios y os amaréis el uno al otro cada vez más. Dios no consume el amor, sino que lo fortalece. El místico Osuna decía deliciosamente que el amor de Dios es más ensanchador que ocupador...

...Todo lo que os aproxima y ata a Dios constituye para vosotros un lazo firme. En Él os fundaréis mucho más de lo que pueden ligarse dos cuerpos o compenetrarse dos almas, ya que Él está más cerca de vosotros que vosotros mismos y ama a cada ser indeciblemente más de lo que ese ser se ama a sí mismo...

... Pero esto todavía es poco. El amor humano que es amor de caridad no es tan sólo una imitación del amor de Dios, sino una manifestación de este amor. ¿No hemos comprendido todavía que, a través de nuestro amor, Dios nos ama? Y aún da una mayor maravilla: que a través de nuestro amor Dios se ama a Sí mismo... Si la personalidad de cada cristiano consiste, en el fondo, en que a través de él Cristo ame a su Padre de una manera única, irrepetible, también cada caso de amor humano encuentra su más profunda y radical razón en ser un cauce abierto y distinto para que en él se vierta el eterno amor trinitario. Amamos con el mismo amor de Dios”.

modo que la gracia sacramental les une eficazmente y es para ellos una realidad aglutinante, un principio de unidad estrechísima. Esta gracia no sirve tan sólo para hacer legítima la unión de hombre y mujer – para eso no se necesita ni gracia ni sacramento-, sino para hacerla santa: santifica a los esposos en orden a sus funciones propias, santifica su amor y su ayuntamiento carnal. El sacramento del matrimonio es un sacramento permanente por el cual todo acto matrimonial puede quedar santificado. *Se asimila al sacramento de la eucaristía*, que es constante, que subsiste mientras no desaparezcan las especies<sup>14</sup>.

Y no sólo es así, sino que *la gracia* que reciben los cónyuges por el sacramento del matrimonio es *purificadora, perfectiva y transfiguradora*. Es purificadora porque cura el corazón herido del hombre y de la mujer. Es de perfeccionamiento porque concede la posibilidad de un amor mayor. Y es de transfiguración porque consagra toda actividad matrimonial<sup>15</sup>.

En resumen, el amor matrimonial conduce a:

- Que el otro entre en mi conciencia y busque yo su bien
- Respetando su diferencia
- Respetando lo que está llamado a ser y ayudando a que se realice
- En una vida que ya no puede ser sin sentido
- Desde una unidad e integración de la persona que le da su vocación
- Haciendo digno de ser amado incondicionalmente al amado y a sí mismo
- Desde una perspectiva comunitaria, desde un nosotros
- De una manera fecunda y creativa

Y desde su perspectiva sacramental:

- Encarnando el amor trinitario
- Recibiendo el amor de Dios
- Actualizando el misterio del amor de Cristo a su Iglesia
- Con un matiz eucarístico
- Santificando a los cónyuges y su actividad
- Aportando las gracias requeridas para su realización de una manera:
  - Purificadora
  - Perfectiva
  - Transfigurante.

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, 494; cf. ROBERTO BELARMINO, *De controversiis* t. 3, *De matrim.* II 6.

<sup>15</sup> Cf. J. M. CABODEVILLA, *Ibid.*, 496-497.

## II. CÓMO BENEFICIAN ESTOS BIENES AL HIJO

El hijo nace en un ámbito donde el amor está salvaguardado de antemano. En la conciencia de los padres la realidad del otro como persona digna de ser amada es ya real. En la conciencia comunal de los padres existe, de antemano, la perspectiva de la búsqueda del bien del otro, respetándolo en su diferencia, no tratando de que sea como yo quiero que sea, sino lo que está llamado a ser:

“Cuando un padre o una madre se preguntan al desear las buenas noches a sus hijos dormidos: ‘¿Qué será de nuestros hijos?’, su pregunta significa en realidad esto: ¿Cuál es la voluntad de Dios sobre ellos? ¿Cuál es su vocación?

La fe sabe leer en la historia de cada hombre y cada mujer la gracia del nombre nuevo y misterioso con el que se llama a cada uno. Los padres que caminan en la fe rezan todos los días por sus hijos, para que se haga la voluntad de Dios.

Saben que Dios es amor y quiere la felicidad de sus hijos con una ternura y una fidelidad que supera incluso el afecto de un padre y una madre.

Los creyentes saben que en su voluntad está nuestra paz. Y después de haber orado según las enseñanzas de Jesús, los padres pueden también ir a descansar con una confianza serena y soñar quizá en un mundo que no verán, pero que seguirá siendo amado por Dios<sup>16</sup>.

El niño a su vez crece en un ámbito donde la vida tiene sentido, y tiene un sentido concreto y real, donde la persona se entiende de una manera integrada que se encamina hacia un bien.

A su vez, crece en una atmósfera donde se descubre siempre *la dignidad de la persona independientemente de sus cualidades*. Donde *el nosotros* no es un añadido sino una realidad envolvente de la que parte. Por eso su educación nace desde la perspectiva del nosotros, desde *la solidaridad y la generosidad*.

Del mismo modo, es un amor creativo que busca la promoción y el *desarrollo perfecto* de cada uno.

Esta perspectiva está enriquecida y *animada desde la base del amor trinitario*, tiene su fuente en Dios, y aunque el amor de los padres sea limitado y matizado por el egoísmo, tiene siempre la fuerza del amor desinteresado de Dios y la posibilidad de la purificación y la renovación de ese amor.

Como vemos el niño crece en un seno donde es posible el amor desinteresado, el amor desprendido que recibe la gracia del amor trinitario.

---

<sup>16</sup> C. M. MARTINI, *Meditaciones para las familias* (Madrid 1995) 90.

*¿Qué beneficios tiene esto para su vida de fe?*

En primer lugar tiene el beneficio de que el amor con el que se nutre es un *amor adecuado a lo que es la persona*, y Dios actúa en la naturaleza. La fe no es algo añadido, por ello, tiene la base de crecimiento personal que es presupuesto para la persona del creyente.

Pero tiene aún más riqueza. El niño es acogido en su esencia por un amor que, de suyo, tiene su nacimiento en *un amor de comunidad*, semejante al trinitario. Al niño que crece en un hogar matrimonial, le resulta posible y fácil creer en un Dios que es Trinidad. Ya no sólo que es concebido en el amor, sino concebido en un tipo de amor específico que corresponde con el amor cristiano, el amor de comunión.

Aunque es imprescindible que, para que el niño crezca, reciba un amor incondicional, la *modulación que significa el amor matrimonial* es distinta a la modulación de un amor unilateral, que nace de una manera unívoca, sólo desde una persona. La maternidad y la paternidad son necesarias, su incondicional amor hacia el hijo es una riqueza insondable, pero la modulación, repito, que se da cuando ese amor maternal y paternal está sostenido por el amor conyugal es muchísimo más grande, más rica, que cuando es del padre al hijo, o de la madre al hijo unilateralmente.

Con esto no quiero decir que el amor de la madre como ser único y personal, o del padre, no sean, en sí, fuente de crecimiento para el hijo, ni un bien insustituible, ni que no tenga valor en sí mismo, sino que la modulación que aporta la conyugalidad de los padres regala esencialmente al hijo un modo diferente de estar instaurado en el mundo. Es el de ser acogido por una comunidad, cuyo lazo de unión es el amor y que en esa riqueza el niño nace como si se tratara de un desbordamiento del amor comunitario de sus padres. Al igual que el hombre y la mujer son creados desde un desbordamiento del amor trinitario de Dios. El hijo, igual que en la creación, no es concebido desde una carencia, sino desde una sobreabundancia amorosa.

El amor de los cónyuges se sostiene por sí mismo, tiene sentido en sí mismo, y es una riqueza sin necesitar añadidos, de este modo, analógicamente, se asemeja al amor de Dios. Pero es tan *sobreabundante*, tan fecundo por él mismo, que teniendo ya sentido en sí, como el amor trinitario, se desborda en la fecundidad del hijo, como la de la Trinidad en la creación. Por eso no es lo mismo nacer de un padre y una madre que me aman, a ser *concebido por un padre y una madre que se aman y me aman*. El hijo no nace para llenar un vacío, para ser un complemento, la riqueza de una carencia, o la posibilidad de una autorrealización, sino que es la sobreabundancia de una riqueza.



De este modo, *el amor matrimonial es el custodio natural y sobrenatural de un amor adecuado al hijo*. Con ello no quiero decir que no existan madres solteras o padres separados, que en su corazón lleven la semilla de este amor comunitario sobreabundante, pero sí que es mucho más difícil que se dé y supone una exigencia heroica mucho menos palpable por parte del hijo.

El amor matrimonial es, como hemos visto, una “encarnación” diminuta del amor trinitario o una actualización de la entrega eucarística de Cristo por su Iglesia, un: “*haced esto en memoria mía*”. No es lo mismo nacer en el seno de esta dinámica de entrega, de este flujo amoroso, que nacer de un amor unidireccional.

Y si seguimos el razonamiento que tan claramente expresó Bernardo de Claraval: “Esto es lo admirable: que nadie puede buscarte sino el que antes te ha encontrado”<sup>17</sup>, podremos afirmar que el que intuyó este modo de amar, este modo de ser concebido, podrá inferir de manera casi espontánea la realidad de ser constituido en la base de un amor trinitario. Se podría decir que *el que nace de un amor matrimonial está predispuesto, de manera natural y sobrenatural para creer en el Dios Trinidad*.

Otros estudios han incidido en cómo el niño, cuando nace en el seno de un amor incondicional, de un padre que le ama inmensamente, o de una madre que le acoge incondicionalmente, está predispuesto para creer en un Dios bueno, que los ama de esta manera. Se podría decir, siguiendo este razonamiento, que la semilla que posibilita creer en el amor de un Dios que es comunidad es el ser concebido en el amor comunidad encarnado, en el amor matrimonial.

Este amor no sólo posibilita creer en nuestro Dios, sino que cuando una persona es concebida desde este amor, que sigue actualizándose en el transcurrir de su vida, que es la fidelidad matrimonial de sus padres, *la forma de estar instaurado en el mundo* es distinta. Es como si la conciencia comunal que nació en sus padres, de alguna manera, permaneciera en él. Intuye el mundo y las personas y es capaz de amarlas desde esta perspectiva del amor sobreabundante, *del amor que se desborda*.

De alguna manera, cuando el sacerdote o el fiel rezan en la liturgia de las horas –aun cuando recen solos– llevan a la Iglesia en el corazón y dicen “nosotros” aun cuando dicen “yo”<sup>18</sup>, se alude a esta conciencia comunal, intuitiva

---

<sup>17</sup> S. BERNARDO, *Liber de diligendo Deo*, c. VII, en *Opera III: Tractatus et Opuscula* (Roma 1963) 137.

<sup>18</sup> Himno de los Laudes del sábado de la II semana: “... No vengo a la soledad cuando vengo a la oración pues sé que estando contigo, con mis hermanos estoy; y sé que estando con ellos, tú

más fácilmente desde la base de la experiencia primigenia del amor comunitario de sus padres. De esta manera afirmo que para el desarrollo de cualquier vocación que se despliega en la Iglesia, es primera y básica esta intuición.

Este es el punto central de mi discurso, *la modulación diferente del amor matrimonial fecundo en el hijo*, respecto a otro modo de ser concebido y educado. Ahora, el sacramento del matrimonio aporta aún más riqueza, quizá incluida en ésta, a la transmisión de la fe. Es la dimensión de la gracia recibida en el sacramento que actúa, sobre todo, en las acciones propias del matrimonio, que incluyen la educación de la prole.

El hijo se beneficia, en la transmisión de la fe por parte de los padres, de la gracia que en ellos actúa ayudándoles como cónyuges y como padres. Esta *gracia actúa* primeramente como matrimonio *purificándolos* de todo desorden en ese amor comunitario, *perfeccionándolos* y *transfigurándolos*. Por ello, los hijos se benefician de una comunión entre los educadores que supone un conocimiento profundo real mutuo, y de un buscar la plenitud del cónyuge *como tarea* que es del otro cónyuge. Es como si en un centro escolar los tutores se amaran muchísimo, amaran al alumno, se conocieran íntimamente, buscaran con amor todo lo que en el colega puede ayudar a su plenitud y favorecer la educación del alumno, de una manera amorosa y personal, y se sostuvieran en los momentos penosos. Sería esta escuela un verdadero cielo en la tierra, o el lugar más adecuado para la educación. Pues esta gracia es recibida por los cónyuges de manera natural y sobrenatural.

*El niño no sólo percibe cómo le aman, sino cómo hay que amar.*

Ahora bien, aunque el niño se encuentra con la realidad comunitaria de los padres, descubre, en primer lugar, a la madre y al padre. Normalmente el primer amor que percibe el hijo es el de la madre. La madre es portadora de un amor incondicional y acogedor, que desde la suprema menesterosidad del hijo se acerca a él con suprema generosidad, con una imperturbable entrega hacia él que le sostiene. El hijo, así se encuentra en un seno amoroso, que le descubre que es digno de ser amado por lo que es, no por lo que hace. *Este amor maternal lleva la semilla de la posterior inferencia de un amor que sostiene toda la existencia del hombre y que es mayor.* La existencia de un Dios que es

---

estás en medio, Señor... Allí donde va un cristiano no hay soledad, sino amor, pues lleva toda la Iglesia dentro de su corazón. Y dice siempre nosotros incluso si dice yo".

“bondad infinita”<sup>19</sup>. Para que la madre pueda realmente dedicarse así al hijo necesita a su vez, sobre todo en los meses de embarazo y, por supuesto, también posteriormente, del sostenimiento del padre, que también ama al hijo y le ama a ella. Ella así se encuentra segura y disponible ante el hijo. Aquí descubrimos también como *el amor conyugal sostiene, en buena medida, la experiencia psicológica del hijo de un amor incondicional acogedor que es semilla del amor de Dios para su vida de fe*.

También del establecimiento del adecuado apego o de la percepción del hijo de la madre como base segura, *depende el estar abierto al mundo desde la confianza básica*. Quien no ha intuido un amor primero no puede abrirse al mundo. Este hecho psicológico también nos manifiesta que, para la transmisión adecuada de la fe, debe existir *una percepción primera del amor* que ayude a que llegue al corazón una fe que es, sobre todo, apertura a Dios y al otro, *que es donación para la comunión*. Un niño que no ha establecido un adecuado apego mira al mundo desde la desconfianza y no puede entregarse a él con un corazón abierto.

Por otro lado, hay otra intuición psicológica en los primeros años de vida del niño. El niño, normalmente, suele percibir al padre como aquel ser todopoderoso, cuasi divino que posee todas las virtudes y capacidades: *“para papá todo es posible”*. Esta percepción, en cierto modo, también *es sostenida por la madre* que ama al padre. La madre, figura crucial para el hijo, con el amor que tiene al padre, sostiene esos atributos cuasi divinos. Estos son *semilla de la creencia en un Dios todopoderoso*, que vela siempre por él. Volvemos a encontrarnos que el amor matrimonial sostiene, en cierta manera, la posibilidad de *la creencia adecuada en Dios*.

Cuando el niño va creciendo y va descubriendo los límites y las deficiencias o carencias de sus padres, ya tiene en sí la posibilidad de creer en un ser superior amoroso. Pero continuando su proceso de formación en el amor cristiano, este descubrimiento no se convierte en decepción clamorosa, *ya que el amor de los cónyuges entre sí, le enseña, le muestra cómo ama Dios a cada uno de ellos*. Son, quizá, los cónyuges los que más se conocen y conocen sus miserias, pero aun así se acogen y se aman, en su debilidad, sostenidos por el amor de Dios que actúa en ellos de manera natural y sacramental. Por esto, *el*

---

<sup>19</sup> J. ROF, *Urdimbre afectiva y enfermedad. Introducción a una medicina dialógica* (Barcelona 1961) 472: “el amor desinteresado, imperturbablemente altruista, de oblación, que encuentra su expresión ideal en el amor de madre y que, en fin de cuentas, quizá no sea otra cosa, sino la pobre resonancia humana de esa “forma suprema de causalidad”, que es el amor del Dios creador”, citado en M. CABADA, *La vigencia del amor* (Madrid 1994) 311.

*niño no sólo es amado por el amor de sus padres sino que descubre cómo se ama, asumiendo la debilidad y acogiendo, no a pesar de ella, sino, muchas veces, gracias a ella. Aprende también el amor misericordioso de Dios hacia sus padres, y, por inferencia, a él también, y de sus padres entre sí. Descubre que es posible amar también en la debilidad. Y esto se convierte en testimonio inigualable de amor cristiano fiel hasta el extremo.*

Para recordar autores que han trabajado en este sentido voy a acudir a M. Cabada que nos recuerda palabras de Von Balthasar sobre este referente: “Es verdad que el niño percibe en primer lugar lo Absoluto, Dios, en su madre, en sus padres, y que sólo en un segundo o tercer paso ha de aprender a diferenciar el amor de Dios del amor experimentado’. Por ello Balthasar mantiene que el ‘acceso a la realidad de Dios’ no puede prescindir de este fundamental hecho antropológico, por el que madre e hijo se mueven en ‘una misma elipse de amor’. Y añade seguidamente: ‘Este amor es, en cierto sentido, la bondad plena y absoluta, por encima de la cual no cabe a priori esperar nada más elevado; en esta relación yo-tú se abre en principio (como en el paraíso) la plenitud de la realidad: de aquí que todo el yo, el tú, el mundo, esté tan iluminado por este relámpago originario, con un destello tan resplandeciente y benéfico que él mismo venga a ser portador de una manifestación de Dios”<sup>20</sup>.

En palabras de Rof Carballo: todo lo que hemos expuesto es “*el barrunto básico que hace posible la fe religiosa*”<sup>21</sup>.

Posteriormente a este barrunto básico que hace posible la fe religiosa, y en el cada día de la vida familiar, se exponen los contenidos hechos vida de la fe que profesamos. Se enseña a rezar, a tener un diálogo con quien sabemos nos ama, personal y comunitario, desde el sentido de gratitud, desde la súplica confiada, desde la búsqueda de la voluntad de Dios, de lo bueno, lo perfecto, lo que le agrada... “lo que pone contento a Jesús”. Se hace lo que siempre hemos entendido como transmisión de la fe en la familia. Ese: “Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. *Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.* Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, *se las repetirás a tus hijos* y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado” (Dt 6,4-7). Penetrando este amor de Dios toda circunstancia, tiempo, espacio y acontecimiento de la vida, pequeño o grande.

Pero, sobre todo, los padres hablan del amor de Dios y favorecen que se encarne el amor de Cristo en sus hijos *en la medida que les hablan con toda*

---

<sup>20</sup> M. CABADA, *ibíd.*, 305.

<sup>21</sup> J. ROF, “Psicoanálisis y religión”, en A. PLÉ, *Freud y la religión* (Madrid 1970) 66s.

*su vida de ese amor* que les da vida, entrega y fidelidad a ellos, que les une tan estrechamente en toda circunstancia.

### III. ANTE LA FALTA DE ESE AMOR

No podemos concluir sin hacer referencia a los perjuicios devastadores que la crisis actual de la familia tiene sobre la transmisión de la fe. Los hijos ya no perciben esta realidad de la conyugalidad de manera natural y espontánea. Perciben, más bien, la descalificación temprana del padre hacia la madre o viceversa. Ya el amor conyugal, en muchos casos, no sostiene el amor paternal o maternal, y esto, de muchas maneras, lo corrompe, por la falta de esa sobreabundancia de amor, por el interés desordenado hacia el hijo, por la falta de referencia amorosa que el niño descubre de la madre al padre o del padre a la madre... En definitiva, no descubre el bien de la comunión en su origen, y esto tiene, como vemos, claras consecuencias.

Con ello no quiero decir que en circunstancias adversas o de crisis familiar, no pueda darse una transmisión de la fe adecuada. Sino que exige por parte de los padres una heroicidad costosa en los padres que viven una circunstancia así y quieren transmitir la fe cristiana a sus hijos. Se podría aplicar en estos casos, lo que en otros casos se describe como "*Iglesia suple*". La Iglesia en estas circunstancias toma un papel principal al fallar la Iglesia doméstica. Ha de ser testimonio de acogida y entrega a esa nueva vida desde la perspectiva de comunidad. Esto lo logrará directamente acogiendo al niño, como apoyando y siendo descanso para los padres de ese niño que viven una situación durísima y digna de ser acogida con la máxima comprensión. A los primeros que les duele esta situación y que la sufren son los propios padres. Si el niño percibe cómo la comunidad apoya en los momentos de dificultad a cada uno de sus padres, o a uno de ellos, si alguno no se deja, también aprenderá cómo se ama desde el seno de una comunidad, en la dificultad y en la adversidad.

También es cierto que el niño que en algún momento de su historia ha percibido el bien comunal de sus padres y que en un momento se ve privado de él, puede valorarlo aún más que los que no se han visto privado de él, pero aquí vuelve a ser importante, el testimonio de la Iglesia como realidad comunal posible en el tiempo y en la adversidad.

#### IV. CONCLUSIÓN

Y es que, en definitiva, como E. Leclerc hace decir a S. Francisco en “Sabiduría de un pobre”:

“Dios está hecho así, hermano Tancredo. Nadie ama como Él, pero nosotros debemos intentar imitarle. Hasta ahora no hemos hecho todavía nada. Empecemos, pues, a hacer algo. Pero ¿por dónde comenzar?; padre, dímelo –preguntó Tancredo.

La cosa más urgente –dijo Francisco- es desear tener el Espíritu del Señor. Él sólo puede hacernos buenos, profundamente buenos, con una bondad que es una sola cosa con nuestro ser más profundo. Se calló un instante y después volvió a decir:

- El Señor nos ha enviado a evangelizar a los hombres, pero ¿has pensado ya lo que es evangelizar a los hombres? Mira, evangelizar a un hombre es decirle: “Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús.” Y no sólo decirselo, sino pensarlo realmente. Y no sólo pensarlo, sino portarse con este hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que se despierte así a una nueva conciencia de sí. Eso es anunciarle la Buena Nueva y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad; una amistad real, desinteresada, sin condescendencia, hecha de confianza y estima profundas. Es preciso ir hacia los hombres. La tarea es delicada. El mundo de los hombres es un inmenso campo de lucha por la riqueza y el poder, y demasiados sufrimientos y atrocidades les ocultan el rostro de Dios. Es preciso, sobre todo, que al ir hacia ellos no les aparezcamos como una nueva especie de competidores. Debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Todopoderoso, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente sus amigos. Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo”.

Este es el modo adecuado de transmitir la fe desde la total seguridad de percibirse desde un amor encarnado amado por Dios, y ¿qué testimonio puede ser mayor que el de la total acogida en el seno de amor más adecuado, solícito y donde el hombre es acogido por lo que es: sus propios padres unidos por la sobreabundancia del amor conyugal?

Y es que en definitiva, la transmisión de la fe no es más que: “*Yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me amaste esté en ellos*” (Jn. 17,26) El amor de Cristo hacia nosotros y el amor de Cristo encarnado en nuestro cónyuge hacia nosotros mismos.

La protección, el cuidado y –en su caso– la terapia matrimonial, no son una opción o una posibilidad, sino una urgencia y la única salida.

